

069. La Virgen, paño de lágrimas

Un escritor norteamericano —al que, por lo visto, le iba todo muy bien en la vida— tuvo la ocurrencia de proponer que la *Salve*, esa oración tan bella a la Virgen, se conservase a todo trance en la Iglesia. Pero, con una modificación importante: deberían quitarse de ella todas esas expresiones que suenan a pesimismo y dolor, como el “*gimiendo y llorando en este valle de lágrimas*”, sustituidas por otras palabras llenas de alegría. Repito: debía ser un señor que la pasaba muy bien...

Porque la realidad humana es muy diferente, y en esa realidad tan dura muchas veces no hay mayor remedio para el dolor y la angustia que volver los ojos a la Madre. Todos sabemos lo que significa la madre en el seno del hogar. Donde está la madre, desaparecen las penas o se llevan con dolor resignado. Donde está la madre, hay energía para superar los fracasos. Donde está la madre, hay un corazón que siempre responde a nuestra llamada angustiada.

Y esto que no falla en el orden humano, tampoco falla en el plan divino. Jesús, que conocía bien nuestro corazón, nos dio una Madre precisamente en el momento del mayor dolor, tanto del Hijo como de la Madre: pendiente el Hijo de la cruz y con la Madre destrozada por el dolor delante de esa cruz redentora.

De ahí que María, la Madre de Jesús y la Madre nuestra, fuera desde aquel momento la Madre *Consoladora de los afligidos*, y mereciera que la llamásemos en la Iglesia *Nuestra Señora de la Consolación*.

Por esas disposiciones de Dios, que hace las cosas tan suavemente y tan eficazmente, el primero que quiso ser consolado por María, por la Madre, fue el mismo Jesús. Diríamos, que a la Pasión de Jesús no le faltó ningún dolor. Le cayeron todos encima. Jesús no se quiso ahorrar ninguno. Sin embargo, le faltó un dolor: el verse en aquellos momentos terribles de la cruz sin el consuelo de la Madre... Este dolor no lo tuvo. Fue un impulso fuerte del Espíritu Santo el que arrastró a María, dándole energías sobrehumanas, hasta el pie de la cruz. María, al saber la sentencia de muerte dictada contra Jesús, se dijo resuelta: *¡Allá voy!* Y a Jesús no le faltó el consuelo de tener junto a Sí a la Madre en la hora del supremo dolor.

Allí, en el Calvario, la Virgen aprendió la lección y tuvo un buen ensayo —lo decimos así, con mucho cariño— a ser la *Consoladora de los afligidos*. Un orador, valiente cristiano, le escribió a una reina destrozada por tanta amargura como llevaba encima: “*Vuestra Majestad sabe que toda la filosofía del mundo no vale una estampa de la Virgen de los Dolores*” (Aparisi Guijarro, a Margarita)

Desde entonces, los cristianos, hermanos de Jesús e hijos de María —porque Jesús nos la dio por Madre en la Cruz—, acudimos a la Virgen en todo momento y ocasión, simplemente *¡porque Madre nuestra es!*, y la puerta de la casa de la madre está siempre abierta.

Pero acudimos, sobre todo, en los momentos del dolor, de la angustia, de la prueba, del fracaso, de la desesperación, del pecado... María, porque es Madre, no nos puede fallar.

Se dio un caso muy especial con un novelista malo de verdad. Impió en sus ideas, repugnante en sus escritos, sembrador de maldad entre sus apasionados lectores. A punto de cometer el mayor disparate, oye a su esposa angelical, y buena como ella sola:

- *¿Por qué vas acometer esa barbaridad? Yo haría lo contrario que tú.*

- ¿Tú? ¿Qué harías tú en mi lugar?

- En lugar de desesperarme, yo iría mañana mismo a confesarme.

Un rayo de luz divina brilló en su mente tenebrosa: *¿Y si este ángel de mi mujer tuviera razón?...* Dicho y hecho, el novelista inmoral, sabedor ante Dios de todo el mal que había hecho, se confiesa, comulga el día de Navidad, siente vivamente en su pecho la presencia de Jesús —“*junto con el divino calor de su beso*”, dice él mismo—, y toma una resolución valiente: compra todos los ejemplares de sus obras que se conservaban aún en las librerías, manda reciclarlos en papel de envolver, y no quiere recibir del papel reciclado ni un centavo, pues todo el dinero debería distribuirse a los pobres.

Todo el dolor, la angustia, los remordimientos, la incredulidad que le habían llevado a la desesperación, se convertía ahora en consuelo celestial

Pero, ¿y María, la *Consoladora de los afligidos*? ¿Dónde aparece en conversión tan ruidosa la *Virgen de la Consolación*? Sin meter ruido —porque la Virgen es muy discreta y nunca hace barullo—, cada día derramaba en aquella alma tan extraviada una gota de la Gracia cuando el novelista la invocaba en su desesperación, como lo confesó él mismo:

- *Yo no he dejado jamás de rezar el Bajo tu amparo nos acogemos y el Avemaría, ya que no me atrevía a orar a Dios* (Pablo Enrique Feval, novelista y dramaturgo francés. 1817-1887. En 1870 se convirtió en ferviente católico)

Lo de siempre. El Espíritu Santo nos ha infundido el espíritu filial para con María, y a Ella acudimos como a Madre; y María, como madre verdadera, nunca es tan madre como cuando nos ve sumidos en el dolor. Sabe hacer, mejor que ninguna otra madre, el oficio más maternal suyo: ser la “*Consoladora de los afligidos*”, como la invocamos en la letanía.

El Evangelio se abre con el saludo del Ángel: “¡Salve, María, llena de gracia!”, y se cierra con el testamento de Jesús: “Mujer, ahí tienes a tu hijo..., y tú, ahí tienes a tu madre”. ¿Creemos que al Espíritu Santo se le escapó sin más este detalle del principio y del fin, y que sólo fue una ocurrencia de Lucas y de Juan?...

Damos gracias a Dios por la Madre que nos dio. Y, contra el pretendido innovador de la Salve, acudimos a nuestra Madre en las alegrías, pero sobre todo cuando desterrados de la Patria, nos encontramos “gimiendo y llorando en este calle de lágrimas”...